



## POUIVET, R.: *DESPUÉS DE WITTGENSTEIN, SANTO TOMÁS*

Sem. Juan Francisco Pappalardo

---

El autor francés, Roger Pouivet de la Universidad de Lorraine, Nancy II y miembro Senior del Institut de France, nos presenta de manera sintética en esta obra los principales intercambios, concordancias y diferencias, entre la corriente tomista clásica y la corriente analítica de filosofía. Vínculos que, por otra parte, han sabido concatenarse en un nuevo espacio de pensamiento denominado *tomismo analítico*. Sin llegar a pertenecer a él, Roger Pouivet nos ofrece un panorama, a la vez amplio y profundo, en torno a las correspondencias de varias tesis desarrolladas por los autores inscritos en esta corriente, que a la vez que produce un dinamismo del pensamiento del Aquinate, permite también, una reversión de su obra en perspectiva wittgensteiniana.

El libro se estructura de la siguiente manera: una primera parte dedicada al intervalo internalista, donde coloca el trabajo de Wittgenstein distanciado de la filosofía moderna y como camino de vuelta al pensamiento aristotélico-tomista (capítulo I); luego prosigue con una descripción de los actos mentales, tema central en el pensamiento de Wittgenstein, al cual los asocia a la teoría de las *species* de Sto. Tomás (capítulo II); luego, teniendo como base la defensa del externalismo y el ataque al abstraccionismo psicológico de los anteriores capítulos, el autor profundiza las diferencias con el sistema cartesiano, en especial la teoría del *cogito* (capítulo III); en el capítulo IV, se expone el término intencionalidad *-Intentio-* para desechar la postura internalista de los actos mentales y, además, confrontar la teoría de la escuela fenomenológica de Husserl. E. Anscombe será la encargada de llevar a buen puerto esta tarea; dentro del capítulo V las aseveraciones anteriores serán continuadas para abordar el mito de la volición y la actividad de la voluntad teniendo en cuenta los estudios de A. Kenny; por último, Pouivet dedica un capítulo a analizar el recorrido de la tradición tomista y las diferentes escuelas de pensamiento subsidiarias de ella. Debemos mencionar también, un pequeño anexo acerca de

la comprensión de la noción de fantasma en diálogo con Quine, lo cual es un aporte profundo al capítulo cuarto donde se trató de la intencionalidad.

Así entonces, en el primer capítulo, el autor desarrolla la distinción entre los conceptos de *internalismo moderno* y *externalismo*. El término internalismo, como estructura epistemológica, se aplica a aquellos pensadores que consideran justificar sus propias creencias, es decir, aquello que alcanza la inteligencia, por medio de un examen interno de los propios contenidos mentales. En otras palabras, los factores que determinarían las creencias de una persona provendrían o encontrarían su fundamento en pruebas internas de sus propias razones. El externalismo, en cambio, afirma que los factores de creencias personales no se encuentran en procesos inmanentes al propio individuo, sino que, adquieren fiabilidad los procesos de producción de ese conocimiento, de esa creencia, de aquello que alcanza como término la inteligencia. Dentro de estos procesos de producción de conocimiento, nos topamos con cadenas causales, argumentos silogísticos o de autoridad, justificaciones sociales, entre otros. En este último grupo gnoseológico se encuentra Wittgenstein, quien es considerado el primero en romper con el marco psicológico cartesiano, permitiendo la inserción del pensamiento de Tomás de Aquino dentro de la misma categoría, según los autores del tomismo analítico. Allí donde prevalece el individualismo a la hora de conocer y la justificación del mundo exterior al sujeto por medio de sus propios pensamientos, Wittgenstein afirma que es el entorno social, la pertenencia a una comunidad lingüística, la que interviene en la definición de nuestros contenidos mentales. Afirmaciones, todas, que podemos hallar también en el pensamiento de Santo Tomás, de acuerdo a la interpretación que realizan P. Geach, A. Kenny y E. Anscombe, quienes además, se encargarán establecer correspondencias entre ambos autores.

Como habíamos adelantado, en el segundo apartado, el autor muestra la coincidencia de proposiciones en contra del *abstraccionismo*. Este nuevo término es definido como una perspectiva en donde los conceptos psicológicos son abstraídos a partir de la experiencia interior (pág. 16), lo cual nos colocaría, nuevamente, en un internalismo individualista. Es más, nuestro propio lenguaje, formado por conceptos abstraídos de nuestro interior, no podría presentarse a otros, dando lugar a la famosa hipótesis del *lenguaje privado*. Para sortear este escollo, Pouivet nos propone la armoniosa síntesis entre Frege, Tomás de Aquino y Wittgenstein que desarrolla P. Geach en su obra (*Mental Acts*, 1957). Esta yuxtaposición de autores concluye en considerar al concepto como una *función* por medio de la cual se caracterizan objetos, y que posee el estado de *medio para*. En otras palabras, se lo considera una herramienta intelectual que se manifiesta en el lenguaje. Crean con esto, los tomistas analíticos, volver a la fuente gnoseológica aristotélica, la cual había caído en desmedro de una gnoseología deudora de los principios de Locke y Hume.



La crítica de Wittgenstein al lenguaje privado nos permite el acceso a la postura tomista acerca de la mente. Pensamiento que se encuentra en las antípodas de Descartes. Así entramos al tercer capítulo, donde lo primero que el autor nos va a mostrar es la oposición al sentido interno que propone el cartesianismo -y con él toda la filosofía moderna-, el cual entienden como introspección psicológica encargada de comprender las pasiones del alma, es decir, los eventos mentales. En esta inmanencia de la conciencia, en este idealismo subjetivo no encuentra lugar el exterior de la persona. Y es por medio de afirmar su mundo exterior que los tomistas analíticos van a oponerse. Es por medio de la afirmación de que somos cuerpo y alma unidos: el hombre es intelecto y voluntad, apetito intelectual y apetito sensible (pág. 34), por lo tanto, lo que al hombre le suceda, lo que pueda concebir en su interior como un evento mental, ha de saberse que se corresponde con un evento exterior.

En esta línea se extiende el uso del *cogito*. El yo pensante es analizado como una distinción para hablar de un yo en vínculo con otros, y de un yo en soliloquios meditativos. Este uso del *ego cogito* sería solo una mala idea de Descartes, arrojando un manto benevolente sobre el pensador francés; sin embargo, se convirtió en una tesis filosófica que ha dado pie a una tradición, calificada como *callejón sin salida* según P. Geach, respaldado por Pouivet.

Planteados y refutados estos dos frentes -el abstraccionismo y el cogito cartesiano-, se desprende una consecuencia más de ellos, que propicia y pierde a la gnoseología moderna, y que recibe el nombre de *privatismo*. Este sostiene que los eventos mentales adquieren significado en relación a algún suceso interno de la mente. Wittgenstein nos da la clave para enfrentar este término: la actividad racional del hombre no es una forma de representación interna, sino más bien de ejercicio del concepto, por lo tanto, el privatismo nunca es un juego del lenguaje puertas para adentro del sujeto, sino un desenvolvimiento de la vida interior que luego se plasmará en el habla.

A partir de estas tesis, se propone al tomismo wittgensteiniano en la vereda opuesta del internalismo cartesiano y su egología, que se derivan de la consideración del *cogito*, así también como del privatismo.

Para la cuarta sección de la obra, R. Pouivet muestra la vinculación entre Tomás de Aquino y L. Wittgenstein en torno al término *intencionalidad*, tomando como base los trabajos de E. Anscombe y A. Kenny. Para esto, retrocederá hacia las últimas sentencias del capítulo segundo, en donde se esbozaba la Teoría de los Actos Mentales, para enraizar ciertas posiciones de la obra de Wittgenstein en el sistema del Aquinate.

Según A. Kenny, podemos rastrear algunos pasajes en la *Gramática Filosófica* y en las *Investigaciones Filosóficas* que nos darían cuenta de la cuestión medieval, resurgida por Brentano y Husserl, acerca de la intencionalidad. Yendo un poco más a fondo, R. Pouivet aduce que el

resurgimiento de dicha cuestión no puede ser atribuido solo a la escuela fenomenológica, dado que en el pensador de Cambridge también encontramos esbozado el problema de la intencionalidad y, aún más, en mayor compatibilidad con la postura de Tomás. Para el Aquinate, la intencionalidad es el modo propio de existencia de las formas en la mente. Tesis en donde en el acto de conocer hay una identidad *formal* (no material) entre el objeto extramental y la facultad del intelecto. Identidad entre el conocedor y lo conocido en el acto de conocer. Escándalo para los kantianos -y los modernos en general-, quienes explican la *intentio* como conocimiento de las ideas de las cosas (pág. 57), es decir, captación de las representaciones de las cosas y nunca las cosas en sí. Wittgenstein, por su parte, defiende la actividad mental descrita por el Aquinate, refiriéndola como actividad conceptual *disposicional*, y confrontándola con las distintas manifestaciones representacionistas, principalmente, la de la escuela fenomenológica de Husserl.

Este enfrentamiento se desenvuelve fundamentalmente en la lógica y en la gnoseología husserliana, perfiladas como principal bastión del internalismo y primer obstáculo para la comprensión de la noción tomista de *intencionalidad*. Para dirimir estas cuestiones, Elizabeth Anscombe evidencia el alcance de la idea husserliana de *intentio* y, con una propuesta acerca de la *intencionalidad de la sensación*, nos devuelve hacia Tomás y Wittgenstein. En esencia, lo que Anscombe expone es la tesis según la cual tanto la forma del *esse naturale* y del *esse intentionale* se unen, dando al cognoscente la capacidad de penetrar en la realidad por medio de la aprehensión de la forma de la cosa, al punto tal de conocerla gracias a la semejanza que esta guarda con la forma presente en la mente -forma in esse intentionale-, permitiéndole, también, hablar inteligiblemente de ella. Además, llama a esta forma *in esse intentionale*, objeto intencional.

La *indiferencia* de Wittgenstein, frente a la división tajante entre la filosofía teórica y práctica, entre la filosofía de la mente y la acción propia de la mentalidad post-kantiana, permite volver a captar el lazo entre intelecto y voluntad propia de la filosofía tomista de la mente (pág. 90). Y, de esta manera, ingresamos al quinto capítulo de la obra. Sección en la cual los razonamientos conclusivos de los anteriores apartados se aplican al tema de la voluntad, las voliciones, el libre albedrío y la libertad.

Tras una descripción del pensamiento kantiano acerca de la autonomía de la voluntad, que hace de ésta una *entidad actuante*, al punto tal de que la persona puede llegar a observarla actuar, operar, como si fuera un simple espectador de su propia realidad interna, cita el trabajo de Anthony Geach quien se ocupa de poner al descubierto el planteo internalista que se encuentra de fondo a todas estas afirmaciones. El punto de evidencia es la concepción de la voluntad. Deudor de planteos cartesianos, Kant no logra escapar de la atadura introspectiva que le aplica a su análisis, y termina por considerarla -a la



voluntad- como una realidad interna que produce nuestra moralidad y genera voliciones, que son eventos psicológicos con determinado poder causal sobre nuestros actos externos. ¿De qué manera se sale de este contemplarse a sí mismo queriendo hacer algo o deseándolo? ¿De este observar queriendo su propio *querer*? ¿De su *querer* querer? Una vez más, Pouivet nos remite al pensamiento tomista dado que en el no encontramos dicha escisión entre el obrar y el pensar de un sujeto sino, por el contrario, una doctrina realista que muestra la vinculación de ambas operaciones, en donde el entendimiento lleva la primacía fundante con respecto a la voluntad. Así, el Aquinate define la elección como un acto por medio del cual la voluntad tiende a algo que se le presenta como bueno (pág. 99), evidenciando la manera en la cual la inteligencia desea algo o, lo que es semejante, el deseo inteligente que posee el ser humano. Una vez más, notamos que el aporte de Wittgenstein abre las puertas, frente a un mundo que tiende a pensar en clave cartesiano-kantiana, al genio tomista, a la cosmovisión de Sto. Tomás, permitiendo un asentimiento armónico a partir de una reflexión equilibrada y no yuxtapuesta.

En la última reflexión (capítulo VI), R. Pouivet mostrará de qué manera Wittgenstein puede ser considerado una puerta de entrada al pensamiento tomista, sin llegar a presentar un contrasentido o un anacronismo. Haciendo un repaso de los principales filósofos y/o teólogos que expusieron y enriquecieron al sistema tomista a lo largo del tiempo, el profesor francés da el visto bueno para considerar también los aportes de Wittgenstein y de la escuela analítica como *glosa de actualización* de dicho sistema de pensamiento. Y es que la corriente analítico-tomista no tiene nada que envidiarle a los intentos de *aggiornamento* de Sto. Tomás intentados puertas adentro del realismo. Esto es posible debido a que el Aquinate se ocupó de la verdad, y su sistema habla de la verdad, de la realidad de las cosas, y en tanto y en cuanto un filósofo la busque, reflexiones sobre ella y dedique tinta a comprenderla, se encontrará en consonancia con el armamento intelectual que nos propone Tomás.

Decir que la filosofía de Descartes constituye una ruptura clara en la historia de las ideas, no es sin duda algo nuevo. Insistir en la idea que esta ruptura es *negativa* podría hacer pensar que se ha propuesto aquí una neo-escolástica. Pero decir que el paréntesis internalista se ha vuelto a cerrar con Wittgenstein, es menos trillado (Pouivet, 2017, pág. 114). He aquí el argumento principal del libro, la idea directriz de la corriente tomista-analítica y el aporte generado al depósito de la Verdad.

### **Breve conclusión**

En un sentido personal, acerca de la consideración de Sto. Tomás calificado por el aporte de Wittgenstein, y la consideración de éste como un filósofo más *tradicional*, o ajustado a parámetros que lo quitan de la lista de

anti-filósofos, notamos que se pretende ubicar dicho estudio dentro de una corriente nominada *tomismo analítico* o *tomismo wittgensteiniano*, siendo que, a nuestro parecer, no se parte de tesis desarrolladas por el Aquinate, o mejor dicho, de principios tomistas, que salen al encuentro de reflexiones provenientes del pensamiento de Wittgenstein. Sino que, por el contrario, se analizan proposiciones del Aquinate desde el mismo seno de Wittgenstein. Esto nos pondría frente a un *wittgensteinianismo tomista*, donde la matriz de pensamiento se halla en Wittgenstein, y el matiz que se le da a su estructura es de Tomás. De ahí que el adjetivo que lo cualifica sea *Tomás* y no el sujeto, como se nos propone en la terminología anterior. A fin de cuentas, son deudores de Wittgenstein que incorporan terminología de Tomás.

#### *Trabajos citados*

Geach, P. T. (1957). *Mental Acts*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

Pouivet, R. (2017). *Después de Wittgenstein, santo Tomás* (1° ed.). (A. P. Chamorro, Trad.) Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.